



Henry James
En la jaula

Nota al texto

En la jaula se publicó por primera vez en 1898 (Duckworth, Londres).

I

Desde un principio se le había ocurrido que en su posición, la de una joven que llevaba la vida de un conejillo de Indias o de una urraca en su confinamiento de madera y tela metálica, se relacionaría con muchas personas que no admitirían que la conocían. Por este motivo su emoción era más intensa —aunque singularmente rara, y aun cuando la posibilidad de ser reconocida siguiera siendo escasa— en las ocasiones en que veía entrar a alguien a quien conocía «de fuera», como ella decía, y que podía añadir alguna cosa a la escasa identidad de su cargo. Éste consistía en sentarse allí con dos jóvenes, el otro telegrafista y el ayudante, atender al «receptor acústico», que estaba siempre funcionando, repartir sellos y giros postales, pesar cartas, responder a preguntas estúpidas, dar cambios difíciles y, sobre todo, contar palabras tan innumerables como los granos de arena del mar, las palabras de los telegramas arrojados, de la mañana a la noche, a través del hueco de la alta celosía, al otro lado de una atestada repisa que, de tanto rozarla, le producía dolor en el antebrazo. Esta pantalla transparente excluía, o encerraba, según el lado del estrecho mostrador que el azar le hubiera asignado a cada cual, el rincón más oscuro de una tienda impregnada, y no poco, en invierno, del veneno de un gas de alumbrado continuo, y en cualquier época del año de la presencia de jamones, queso, pescado

seco, jabón, barniz, parafina, y otros sólidos y fluidos que ella llegó a distinguir a la perfección por su olor sin consentir en conocerlos por su nombre.

La barrera que separaba la pequeña oficina de correos y telégrafos de la tienda de abastos era una frágil estructura de madera y tela metálica, pero la separación social y profesional era un abismo que la fortuna, por un singular golpe de suerte, le había ahorrado la necesidad de contribuir en lo más mínimo a salvar públicamente. Cuando los jóvenes dependientes del señor Cocker abandonaban el otro mostrador para cambiar un billete de cinco libras y la situación del señor Cocker, justo a la vuelta de la esquina de la flor y nata de la Guía de la corte y de los más cotizados apartamentos amueblados, Simpkin's, Ladle's y Thrupp's, era tan selecta que su tienda estaba totalmente invadida por el crujiente susurro de estos emblemas, la joven empujaba los soberanos sobre la mesa como si el solicitante no fuese para ella más que una de las fugaces apariciones del gran desfile; y esto era así más aún quizá por el hecho mismo de la relación, cierto que únicamente reconocida fuera, a la que se había prestado con ridícula incongruencia. A los otros los tenía menos en cuenta porque al fin había aceptado, sin reservas, irremediabilmente, al señor Mudge. No obstante, le avergonzaba un poco tener que admitir que la ascensión del señor Mudge a una esfera superior, esto es, a una posición de mayor responsabilidad, aunque en un vecindario mucho menos selecto, entraría más bien en la descripción de un lujo que de una simplificación, como se contentaba con llamarlo. En todo caso, él había dejado de estar constantemente ante sus ojos, lo que les procuraba cierta novedad de la que disfrutar los domingos. En los tres meses que él había seguido en Cocker's tras consentir ella en prometerse, nuestra joven se había preguntado a menudo qué podría aportar el matrimonio a una familiaridad tan absoluta. Al otro lado de la tienda, detrás del mostrador del que había sido el principal ornato a lo largo de dos

años por su estatura más elevada, su delantal más blanco, sus rizos más apretados y todo lo suyo más presente, demasiado presente, se había movido el señor Mudge de un lado a otro ante ella como sobre la reducida superficie enarenada de su comprometido futuro. Ahora era consciente de las ventajas de no tener que soportar su presente y su futuro a un tiempo. Por separado eran ya más de lo que podía sobrellevar.

No obstante, no tenía más remedio que pensar continuamente en lo que el señor Mudge le había vuelto a escribir, la idea de que pidiera el traslado a una oficina similar —no podía aspirar aún a un puesto en una oficina más importante—, bajo el mismo techo en que él era encargado, para que así, pendiente de ella cada minuto del día, la viera, como decía él, «cada hora»; en un lugar, el lejano distrito noroeste, en el que ahorraría cerca de tres chelines sólo en las dos habitaciones que habría de ocupar con su madre. Lejos estaba de apetecerle cambiar Mayfair por Chalk Farm, y era un apuro que él insistiera tanto. Aun así, no era nada comparado con los antiguos apuros, aquellos de los primeros tiempos de una gran miseria, la suya, la de su madre y la de su hermana mayor —esta última había sucumbido a una indigencia prácticamente absoluta—, cuando, como señoras escrupulosas e incrédulas, súbitamente despojadas de todo, traicionadas y abrumadas, habían ido deslizándose cada vez más deprisa por la empinada pendiente de cuyo fondo sólo ella había salido rebotada. Su madre no había rebotado más en el fondo de lo que lo había hecho en el camino de bajada; se había limitado a rodar hacia abajo entre lamentaciones y un gran estrépito, sin hacer el menor esfuerzo de pensamiento o palabra y, ¡ay!, oliendo a whisky con demasiada frecuencia.

II

En Cocker's se respiraba cierta tranquilidad mientras el contingente de Ladle's y Thrupp's y de todos los demás sitios importantes se hallaba almorzando, o, como solían expresar vulgarmente sus dos jóvenes colegas, mientras los animales pastaban. Ella tenía cuarenta minutos antes de ese momento para ir a casa a comer, y cuando volvía y uno de sus dos compañeros salía a su vez, disponía a menudo de media hora en la que podía sacar la labor o un libro, una de esas novelas, muy sobadas, de elegante letra impresa y siempre sobre la gente elegante, que obtenía en préstamo a medio penique por día. Esta sagrada pausa era una de las múltiples maneras por las que el establecimiento medía el pulso de la moda y se acoplaba al ritmo de la vida exterior, y tuvo algo que ver, cierto día, con la especial intensidad que caracterizó la llegada de una dama cuyas comidas eran irregulares en apariencia, pero a la que el destino, como descubriría más tarde, no le permitiría olvidar. La muchacha se sentía blasée; nada más propio, como ella bien sabía, de la continua exposición pública de su profesión; pero tenía una inteligencia veleidosa y unos nervios bien templados; se hallaba sujeta, en resumen, a súbitos arranques de apego y aversión, a rojos destellos en la monotonía, a revelaciones intermitentes y sus secuelas, a extraños caprichos de la curiosidad. Tenía una amiga que había inventado una

nueva carrera para las mujeres, la de pasarse el día entrando y saliendo de las casas de los demás para ocuparse de las flores. La señora Jordan tenía una manera muy suya de hacer esta alusión; «las flores», en sus labios, eran tan habituales en los hogares felices como el carbón o los periódicos del día. En cualquier caso, se ocupaba de ellas, en todas las viviendas, por un tanto cada mes, y todo el mundo estaba descubriendo rápidamente lo que significaba ceder esa delicada tarea a la viuda de un clérigo. Por su parte, la viuda, explayándose sobre las expectativas que se abrían ante ella, se había mostrado muy elocuente con su joven amiga sobre de qué manera le habían abierto las puertas de las principales casas y cómo, especialmente cuando se ocupaba de las mesas, dispuestas tan a menudo para veinte comensales, tenía la sensación de que un solo paso más serviría para introducirla en sociedad definitivamente. Cuando entonces le preguntaba si no se movía tan sólo en una especie de soledad tropical, con los sirvientes principales como nativos pintorescos, y ella tenía que confirmar esta visión intuitiva de sus limitaciones, la señora Jordan había hallado una réplica a la insidiosa pregunta de la joven: «¡No tiene imaginación, querida!», pues la puerta de la sociedad podía abrirse del todo en cualquier momento.

Nuestra joven no había refutado la acusación, la había aceptado con buen humor, pero únicamente porque sabía muy bien qué pensaba de ella. Una de sus quejas predilectas, y a la vez su más secreto apoyo, era que la gente no la comprendía y, en consecuencia, le era indiferente que la señora Jordan tampoco la comprendiera, a pesar de que esta señora, a la que había conocido en el curso del común y temprano ocaso de su distinción y que también había sido víctima de los reveses de la fortuna, era el único miembro de su círculo en el que reconocía a una igual. La joven era perfectamente consciente de que la señora Jordan empeñaba la mayor parte de su tiempo en una vida imaginativa, y habría estado dispuesta, de haber valido la pena, a soste-

ner que ésta debía de ser verdaderamente poderosa, ya que su ocupación externa no había acabado con ella. Combinaciones de flores y verde, ¡por Dios! Lo que ella, en cambio, manejaba libremente, se decía, eran combinaciones de hombres y mujeres. La única debilidad de que adolecía su don era consecuencia de la extraordinaria asiduidad de su contacto con la manada humana; éste era tan constante, tenía el efecto de convertirse en algo tan trillado, que había largos períodos en los que la inspiración, la adivinación y el interés desaparecían por completo. Lo mejor eran las ráfagas, los rápidos momentos revividos, accidentales todos ellos, con los que no se podía contar y a los que no se podía resistir. A veces bastaba con que alguien le pasara el penique que valía un sello para que se apoderaran de ella. Tenía el absurdo convencimiento de que aquéllos eran literalmente los momentos que la compensaban; la compensaban de la persistente rigidez de estar allí sentada, en el cepo; la compensaban de la astuta hostilidad del señor Buckton y de la molesta simpatía del ayudante; la compensaban de la florida y abrumadora carta diaria que recibía del señor Mudge; la compensaban incluso de su inquietud más obsesiva, la rabia de los momentos en los que no sabía de dónde «lo sacaba» su madre.

Últimamente la joven se había entregado, además, a cierta expansión de su conciencia, lo que parecía justificado, quizá de manera vulgar, por el hecho de que, a medida que la explosión de la temporada en Londres se hacía más ruidosa y las oleadas de la moda arrojaban más espuma sobre el mostrador, había más impresiones que recoger y, en realidad, pues de eso se trataba, más vida que vivir. En cualquier caso, a mediados de mayo ya no cabía duda de que el tipo de compañía de la que disfrutaba en Cocker's había empezado a pesar como razón, una razón que estaba tentada de utilizar para una estrategia dilatoria. Por supuesto, habría sido una estupidez que alegara ese motivo por aquel entonces, sobre todo porque la fascinación que le

producía aquel lugar era, al fin y al cabo, una especie de tormento. Pero a ella le gustaba su tormento; lo echaría de menos en Chalk Farm. Se mostraba, por tanto, ingeniosa y falsa con idea de prolongar un poco más su estancia en Cocker's, donde Londres, en toda su amplitud, la separaba de semejante austeridad. En otras palabras, si bien no tenía el valor necesario para decirle al señor Mudge que las oportunidades de que disponía para recurrir a la imaginación valían, cualquier semana, los tres chelines que él deseaba ayudarla a ahorrar, en el curso de ese mismo mes ocurrió algo que, en lo más hondo de su corazón al menos, resolvió este sutil dilema. Ese algo estaba relacionado precisamente con la aparición de la memorable dama.



La dama presentó los tres formularios garabateados de los que la mano de la joven se apropió rápidamente, ya que el señor Buckton tenía muy a menudo el perverso instinto de ser el primero en captar cuanto prometiera el género de entretenimiento por el que ella sentía peculiar afinidad. Las diversiones de los cautivos están llenas de un desesperado ingenio, y una de las novelitas de medio penique de nuestra joven amiga había sido la encantadora historia de Picciola^[1]. Por supuesto, era norma de la casa que jamás se prestara atención, en palabras del señor Buckton, a las personas a las que atendían, pero eso no impedía, y mucho menos a este mismo caballero, lo que él gustaba de llamar el juego bajo mano. Ninguno de los dos colegas de la joven, por otra parte, ocultaba sus preferencias entre las damas, encantadoras familiaridades estas a pesar de las cuales nuestra joven había detectado repetidas estupideces y errores, confusiones de identidad y lapsus de observación que no dejaban nunca de recordarle que la inteligencia de los hombres acababa donde empieza la de las mujeres. «Marguerite, Regent Street. Prueba a las seis. Todo en encaje español. Perlas. Todo el largo». Ése era el primero; no llevaba firma. «Lady Agnes Orme, Hyde Park Place. Imposible esta noche, cena con Haddon. Mañana ópera, prometido a Fritz, pero podría ir teatro el miércoles. Intentaré llevar

a Haddon al Savoy, y todo lo que tú quieras si llevas a Gussy. Domingo, Montenero. Posar para Mason lunes y martes. Marguerite atroz. Cissy». Ése era el segundo. El tercero, según notó la joven cuando lo cogió, estaba escrito en un formulario para el extranjero: «Everard, Hotel Brighton, París. Lee y cree. Del 22 al 26, y sin duda 8 y 9. Tal vez más. Ven. Mary».

Mary era muy hermosa, la mujer más hermosa que había visto en su vida, le pareció en aquel momento, o quizá se tratara tan sólo de Cissy. Tal vez fuera ambas, pues cosas más extrañas se habían dado: damas que enviaban telegramas a personas diferentes con nombres distintos. Había visto todo tipo de cosas y había encajado las piezas de todo tipo de misterios. En una ocasión se le había presentado una, no hacía de eso mucho tiempo, que había enviado cinco telegramas con cinco firmas diferentes sin pestañear. Quizá representaran a otras tantas amigas que se lo hubieran pedido, de igual modo que quizá Mary y Cissy, o una de las dos, enviaran los telegramas por encargo. Algunas veces la joven ponía demasiado de su parte, de su propio juicio; otras ponía demasiado poco, y en ambos casos solía recordarlo después, pues tenía una extraordinaria capacidad para recordar indicios. Cuando percibía algo, lo percibía; nada más. Había muchos días vacíos, semanas enteras incluso. A menudo se debían a los diabólicos subterfugios del señor Buckton para retenerla al lado del receptor acústico siempre que daba la impresión de que alguna cosa podía ser divertida. El receptor acústico, al que también él tenía la obligación de atender, era la celda interna, una jaula dentro de la jaula, aislada del resto por una estructura de cristal esmerilado. El ayudante hubiera podido manejarlo a su antojo, pero estaba idiotizado por su pasión por ella. La joven se jactaba, además, noblemente, de que jamás habría consentido en deberle nada, dada la desagradable evidencia de su pasión. Como mucho se dignaría traspasarle siempre que pudiera la certificación de cartas, tarea esta

que ella detestaba particularmente. Tras los largos períodos de letargo, en todo caso, casi siempre surgía de repente el sabor acre de alguna cosa; le venía a la boca antes de saberlo; le vino a la boca entonces.

Por aquella Cissy o Mary, o quien quiera que fuese, fluyó su curiosidad a raudales, en una muda efusión que volvió flotando hacia ella como una marea ascendente: el vivo color y esplendor de la hermosa cabeza, la luz de unos ojos que parecían reflejar cosas completamente distintas de las vulgaridades que tenían en realidad delante de ellas, y, por encima de todo, la alta y lacónica consideración de unas maneras que, incluso en los momentos malos, eran un hábito magnífico y esencia misma de innumerables factores — su belleza, su nacimiento, sus padres, sus primos y todos sus antepasados— de los que su poseedora no habría podido desprenderse aun deseándolo. ¿Cómo sabía nuestra oscura y pequeña funcionaria que, para la dama de los telegramas, aquél era un mal momento? ¿Cómo adivinó, casi en el acto, todo tipo de cosas imposibles tales como la presencia del drama, en una etapa crítica, y la naturaleza del vínculo con el caballero del Hotel Brighton? Más que nunca, flotó hacia ella a través de los barrotes de la jaula la idea de que aquélla por fin era la realidad definitiva, la perturbadora verdad de la que hasta entonces apenas había captado algunos retazos con gran esfuerzo; una de las criaturas, en suma, en las que se daban todas las condiciones para la felicidad, y que, por sus aires, irradiaba una insolencia involuntaria. Lo que percibió nuestra joven fue que esa insolencia estaba suavizada por algo que igualmente formaba parte de la vida elegante, la costumbre de inclinarse, como una flor, hacia los menos afortunados, una fragancia emanada, un único y rápido soplo, pero que en realidad lo impregnaba todo y persistía. La aparición era muy joven, pero sin duda estaba casada, y nuestra fatigada amiga tenía los suficientes recursos de comparación mitológica para

reconocer el porte de Juno. Tal vez Marguerite fuera «atroz», pero sabía cómo vestir a una diosa.

Perlas y encaje español; la joven se los imaginaba perfectamente, y también «todo el largo», y además rojos lazos de terciopelo que, dispuestos sobre el encaje de una determinada forma (habría podido colocarlos con un movimiento de la mano) debían por supuesto adornar la parte delantera de un vestido negro de brocado, digno de un retrato. Sin embargo, la portadora de esa vestimenta no había entrado allí por Marguerite, ni por lady Agnes, ni por Haddon, ni por Fritz, ni tampoco por Gussy. Había ido por Everard, que sin duda tampoco era un nombre auténtico. Si la joven no había hecho tales avances hasta entonces, era sencillamente porque nunca se había sentido tan afectada. Pero ahora sacó sus conclusiones. Mary y Cissy habían ido a verle juntas, en su única y espléndida persona él debía vivir a la vuelta de la esquina; las dos habían descubierto que, como resultado de algo que, precisamente, pretendían enmendar o sobre lo que querían hacer una escena, él se había marchado justamente para hacérselo notar, tras lo cual se habían ido juntas a Cocker's, que era el lugar más cercano, donde habían entregado tres formularios, en parte para no dejar sólo el único importante. Los otros dos, en cierta manera, lo tapaban, lo suavizaban, lo disimulaban. Oh, desde luego que sacó conclusiones, y ésta es una muestra de hasta dónde podían llegar. Reconocería aquella letra en cualquier otro momento. Era tan hermosa como la mujer misma, tenía todas sus cualidades. Las de la mujer que, al enterarse de la huida de Everard, había apartado al criado a empujones para entrar en su habitación, había escrito la misiva en su mesa y con su pluma. Todo esto, en cada uno de sus detalles, se hallaba en la ráfaga que exhaló al otro lado de la jaula y que dejó tras de sí la influencia que, como decía, persistió. Y una de las cosas de las que la joven, felizmente, estuvo segura era de que volvería a verla.

IV

La vio, efectivamente, apenas diez días después, pero esta vez no fue sola, y en eso consistió en cierto modo lo afortunado del caso. Dotada de la perspicacia suficiente para conocer las posibilidades que se le ofrecían, nuestra joven había estado dándole vueltas a una docena de teorías contradictorias sobre el carácter de Everard; cuestión que decidió resuelta en el instante mismo en que pusieron los pies en el local con un golpe sordo que parecía dirigido directamente a su corazón. Este órgano empezó a latirle más deprisa cuando se acercó el caballero que acompañaba a Cissy y que, visto desde la jaula, se convirtió al punto en la más feliz de todas las circunstancias que el pensamiento de la joven había atribuido a la amiga de Fritz y Gussy. Sin duda constituyó una felicísima circunstancia cuando, con el cigarrillo en los labios e interrumpida su desenfadada charla, que prosiguió su acompañante, depositó la media docena de telegramas que habría de llevarles unos minutos despachar conjuntamente. Y entonces sucedió lo extraño: donde antes el interés de la joven por la acompañante había agudizado su percepción de los mensajes transmitidos, ahora la visión del caballero en persona tuvo el efecto, mientras contaba las setenta palabras, de impedirle entenderlas. Las palabras eran meros números que no le dijeron nada en absoluto y, al marcharse, a la joven no le quedó nombre al-

guno, dirección o significado, nada salvo un sonido vago y dulce y una extraordinaria impresión. Apenas había estado allí cinco minutos echándole el humo a la cara. Ocupada en sus telegramas, en puntear con el lápiz y en el peligro del que era consciente, la odiosa traición que resultaría de un error, nuestra joven no había podido dispensarle sus miradas casuales ni sus tortuosas artes. Sin embargo, lo había calado; lo sabía todo; lo había resuelto.

Él había regresado de París. Todo se había vuelto a arreglar. La pareja se había reunido de nuevo para afrontar su encuentro culminante con la vida, su inmenso y complejo juego. Nuestra joven captó en el aire el pulso sutil y silencioso de este juego mientras estuvieron en la tienda. ¿Mientras estuvieron? Estuvieron allí todo el día; su presencia persistió viva en ella, estuvo en todo lo que hizo hasta el anochecer, en los miles de palabras que hubo de contar y transmitir, en todos los sellos que separó, en las cartas que pesó y en el cambio que tuvo que dar, mostrándose igualmente maquinal e infalible en cada uno de estos pormenores y sin mirar una sola de las horribles caras de la larga serie, ni escuchar en realidad las preguntas estúpidas que contestó con paciencia y a la perfección cuando aumentó el trasiego de la pequeña oficina a lo largo de la tarde. Entonces fue posible toda la paciencia del mundo, todas las preguntas fueron estúpidas después de las de él y todos los rostros parecieron horribles. Había tenido la seguridad de que volvería a ver a la dama, y ahora tal vez, probablemente, la vería a menudo. Pero él era muy distinto; nunca, nunca volvería a verlo. Lo deseaba en exceso. Había una manera de desear que ayudaba: ella había llegado, gracias a su amplia experiencia, a tal generalización, y había otra que resultaba fatal. Esta vez era de las fatales; lo impediría.

Bien, lo vio al día siguiente, y en esta segunda ocasión fue por completo distinto; la percepción de cada sílaba transmitida fue de una claridad meridiana; notó en verdad la progresión de su lápiz, golpeando levemente como con